

1º Al General D. Rafael Cravioto, asalto de la trinchera de la calle de la Alcantarilla.

2º Al General Carreón, asalto de las trincheras de las calles de Betlem é Iglesias, y la brecha abierta en la manzana de Malpica. El asalto lo encabezará, con 100 hombres, el jefe del Batallón de Zapadores, Teniente Coronel D. Jenaro Rodríguez.

3º Á D. Vicente Acuña, asalto de la fortificación de Iglesias, que lo llevará á efecto con 150 hombres.

4º Al Teniente Coronel D. Francisco Velázquez, se le encomienda que ataque la calle paralela á la manzana de Malpica.

5º Á los ciudadanos Coronel D. Luis Mier y Terán y Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, se les previene que asalten las trincheras de las calles de Miraflores.

6º Al Teniente Coronel D. J. Guillermo Carbó, que se posesione del Noviciado.

7º Al ciudadano General D. Juan C. Bonilla, se le confía la toma del parapeto del costado de San Agustín.

8º Á los jefes D. Luis Pérez Figueroa, Andrade, D. Doroteo León, Vázquez Aldana y otros, que concurren por la parte de Oriente sobre la calle del Deán.

9º Al Mayor D. Carlos Pacheco, el asalto de la calle de la Siempreviva.

10. Al Coronel D. Manuel Santibáñez se le previene que, en los momentos del asalto, ocurra al convento de San Agustín.

11. El General Alatorre, con una Columna del «3º de Cazadores,» ocurrirá á todos los lugares en que hubiere necesidad de su auxilio.

«Las tres Columnas que habían de hacer el ataque falso, fueron colocadas cerca de la artillería, aprovechando accidentes que las ponían fuera del enfilamiento de los fuegos de respuesta.

«Colocadas respectivamente las otras catorce Columnas en el lugar de donde cada una debía emprender su avance, hice suspender de un alambre, tendido de torre á torre de la iglesia del cerro de San Juan, un gran lienzo formado de piezas de manta, que colgaba hasta el suelo, cuyo lienzo, empapado en aguarrás, debía ser encendido cuando yo lo ordenara, habiendo advertido antes á todos los jefes de Columnas de asalto verdadero, que la luz que ese incendio produjera, sería la señal para que se lanzaran.

«Tomando en cuenta que todas las trincheras que iban á atacarse estaban protegidas, desde antes que se pudiese llegar á ellas, por

tiradores colocados en las alturas de azoteas y balcones, en ventanas y hasta en paredes aspilleras; para neutralizar en parte el mortífero fuego de tiradores semejantes, de mi legión de honor, compuesta sólo de jefes y oficiales que no tenían colocación en filas, formé grupos dotados con escaleras, para que en los instantes del general ataque, subieran á lo alto de las manzanas enemigas é introdujeran con sus fuegos el desorden en los que las coronaban.

«Desde que la noche vino, había prohibido que se hicieran disparos en ninguno de los puntos de la línea, sino solamente en caso de que el enemigo pretendiera salir.

«Este silencio, que pronto fué observado por el enemigo, y la circunstancia de que Márquez estaba á 12 leguas, más ó menos, á nuestra espalda, y el alejamiento de nuestros bagajes, en la tarde, debió hacer creer al enemigo que esa misma noche nos retirábamos, y que tal vez estábamos ejecutando la evacuación de nuestras líneas.

«Dispuesto todo en la forma indicada, me situé cerca de la Alameda Vieja, en un punto desde donde podía vigilar las operaciones de algunas de las Columnas de asalto verdadero, y de las tres que debían ejecutar el ataque falso.

«Era tal mi escasez de municiones, que á última hora tuve que recoger á la caballería sus cartuchos para darlos á la tropa de asalto, expresando que, si esa arma tenía que batirse, lo hiciera con sus lanzas y sables. La fuerza montada, en espera de órdenes, quedó colocada al Sur, frente á los cerros; y así, podía servirme para cualquier evento, y hasta para una retirada.

«Á las tres menos quince minutos de la mañana del 2 de Abril, rompí el fuego de cañón sobre las trincheras del Carmen, y tras ésto, ordené el movimiento de la primera Columna de falso ataque. Ésta marcha resuelta sobre la trinchera, siendo recibida, desde que el enemigo pudo sentir su movimiento, con vivo fuego á metralla; la Columna retrocedió en desorden y con fuertes pérdidas, como unos cien metros antes de llegar al objetivo, pues su marcha de avance era larga y en llanura limpia. Destaqué inmediatamente la segunda Columna, que llegó hasta la contra-escarpa y fué también rechazada, y luego la tercera, que intentó pasar el foso y dejó algunos cadáveres dentro de él, viéndose en el caso de retroceder como las anteriores. . . . La demostración había sido de tal modo seria, que había producido sus resultados, por lo que toca á hacer que la reserva del enemigo se aglomerara hacia el Carmen.

«En estos momentos, mediante un toque convenido de clarín, man-

dé encender los lienzos preparados entre las dos torres del cerro de San Juan, señal para el asalto general.

«El estruendo del combate se extendió en breve por todos los ámbitos. De los coronamientos que el enemigo tenía en los edificios altos y balcones, descendía un torrente de fuego, por donde los asaltantes tenían que pasar antes de tocar una trinchera.

«Había formado una legión de honor con jefes y oficiales que no tenían servicio especial; los dividí previamente en grupos de cinco hombres, armados todos con mosquetes cortos, y ordené á cada jefe de grupo que se posesionara de las escaleras que había abandonadas en la parte de la ciudad que ocupábamos nosotros, y que habían pertenecido al servicio del alumbrado público, para que, en los momentos en que las Columnas iniciaran sus respectivos ataques, esos grupos, escalando los balcones de todas las manzanas que estuvieran encerradas entre dos ataques, y por las azoteas ó por las horadaciones, vinieran á introducir el desorden entre los edificios de dichas manzanas, que debían estar preocupadas en la defensa de sus respectivas trincheras. Designé á cada grupo de la legión de honor, una manzana, para que, colocado un oficial en cada esquina por donde ya hubieran pasado las Columnas de asalto, hicieran el servicio de policía para evitar los desmanes que la tropa vencedora intentara cometer en la ciudad. La señal para el movimiento de esos grupos era el paso de las Columnas.

«El fuego vivísimo de fusilería y de cañón, no duraría, en todo su vigor, arriba de diez minutos, y á los quince ya no quedaban defendiéndose más que las torres de Catedral y las alturas de San Agustín y del Carmen.

«Los fuertes de los cerros, que no sólo no habían sufrido ataque alguno, sino que habían sido reforzados con la mayor parte de los prófugos de la ciudad, hacían fuego de artillería muy vivo sobre ella, y principalmente sobre las calles por donde podían ver las masas de mis soldados, al comenzar á amanecer.

«Los asaltantes de cada trinchera tenían, en general, antes de tocarla, que penetrar en un trayecto dado por un canal de fuego que despedían las ventanas bajas, las aspilleras, los balcones y las azoteas, y que afrontar el cañoneo y fusilería de la trinchera á que se dirigían.

«En estas condiciones estaba, especialmente, el fortín de la calle de la Siempreviva, que tocó asaltar al Comandante D. Carlos Pacheco, quien peleó con brío. Al comenzar el asalto, le lanzaban de las

azoteas, no sólo granadas de mano y tiros de fusil, sino grandes granadas, puesto que solamente tenían que encenderlas y dejarlas caer. Un casco de esas granadas hirió á Pacheco en una pantorrilla, y sin embargo de ello, y de que perdía muchos hombres de su Columna, avanzó hasta la trinchera. Arrojadados allí los sacos de paja que traían muchos de los soldados, con objeto de franquear los fosos, pudo pasar Pacheco uno de los primeros, y allí también fué herido en una mano. Siguió, sin embargo, hasta la esquina de la plaza, y allí, un tiro de metralla, disparado del atrio de Catedral, puso fuera de combate á algunos soldados de su Columna, y á él le rompió el muslo izquierdo. En esos momentos, uno de sus soldados lo tomó en brazos para pasarlo á un lugar menos enfilado por los fuegos del enemigo, y otro golpe de metralla le rompió el brazo derecho, y los dos al soldado que lo conducía. Era felizmente el instante en que concurrían á la plaza otras Columnas asaltantes: la que mandaba el Coronel D. Luis Mier y Terán y la que era á las órdenes del Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, llegando sucesivamente todas las demás.

«El Teniente Coronel D. Juan de la Luz Enríquez, tuvo ocasión de proteger á los Tenientes Figueroa y Santiago Pou, que se batían valientemente con una fuerza replegada en el portal del Cazador; el Teniente Pou, de origen español, fué gravemente herido y murió poco después.

«Alargaría mucho esta relación si me detuviera á referir todos los actos de valor y de arrojo de mis subordinados en el asalto del 2 de Abril. Solamente diré, que considero esta acción como una de las más importantes de las que sostuve durante la guerra de Intervención.» (Memorias).

He aquí el primer parte rendido al Gobierno por el General en Jefe:

«Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Ciudadano Ministro de la Guerra.—Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad, quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque. D. Mariano Trujeque, D. Febronio Quijano y otros veinte jefes y oficiales traidores, fueron hechos prisioneros y fusilados con arreglo á la ley.

«Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los fuertes de los cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae D. Leonardo Márquez; y éste, según los informes de mis explo-

radores, pernoctó ayer en San Nicolás, con una División de tres ó cuatro mil hombres y veinte piezas de artillería. Aún no puedo decir á usted las operaciones que me propongo ejecutar, pero sí me creo en aptitud de asegurarle que los fuertes sucumbirán y que Márquez será batido, si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices. En uno ú otro caso, muy pronto estaré sobre el Valle, para acudir en auxilio del Ejército del Norte, ó emprender operaciones sobre México, según mejor convenga.

«Sírvasse Ud. poner lo expuesto en el conocimiento del Ciudadano Presidente de la República, reiterándole las seguridades de mi respeto.

«Independencia y República.—Puebla de Zaragoza, 2 de Abril de 1867.—PORFIRIO DÍAZ.—Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.»

Proclama del General en Jefe después de la batalla:

«El General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, á sus subordinados vencedores en Puebla:

«Compañeros de armas: Quiero ser el primero en pagar tributo á vuestro heroísmo. La Nación toda y la posteridad vendrán después á perpetuar vuestra gloria.

«Habéis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre el 5 de Mayo.

«El 2 de Abril de 1867 se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

«Mucho esperaba de vosotros: os he visto acudir sin armas al llamamiento de la Patria, para armaros en Miahuatlán y en La Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles quitados al enemigo. Habéis combatido desnudos y hambrientos, dejando á la espalda un rastro de gloria; y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido más allá de mi esperanza.

«Una plaza, no sin razón denominada invicta, y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido á un solo empuje de vuestro brío. La guarnición toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo, son el trofeo de vuestra victoria.

«Soldados, merecéis bien de la Patria.

«La lucha que la desgarrar no puede ya prolongarse. Acabáis de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La Independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya; está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene hijos como vosotros.

«Intrépidos en el combate y sobrios en la victoria, habéis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo y su gratitud por vuestra disciplina.

«¿Qué General no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo: PORFIRIO DÍAZ.»

Orgullosa, en verdad, debía sentirse el General republicano al tener á sus órdenes á jefes y soldados tan valientes; pero también la Patria se sentía orgullosa de contar á Porfirio entre sus hijos.

Aquel soberbio triunfo había costado al enemigo: 60 cañones montados, 130 cañones sin montaje, 6,000 fusiles, 300,000 cartuchos, una fábrica de pólvora, trenes, bagaje y almacenes de vestuario.

Las baterías de Loreto y Guadalupe siguieron cañoneando las trincheras asaltadas, pero su fuego ineficaz y cada vez más lento, se suspendió entre 9 y 10 de la mañana, hora en que el General Francisco Leyva, que había sido llamado, llegó á Puebla con fuerzas aumentadas sobre la marcha y haciendo ya un total de 2,000 hombres con dos obuses de montaña.

Márquez, á una jornada de distancia, venía sobre los pasos de las tropas de Leyva; pero ya el Gral. Díaz se aprestaba á recibirle; á la vez que refundía en sus batallones á los prisioneros, organizaba hospitales, equipaba regimientos y emprendía las operaciones de aproche para batir las fuerzas de Guadalupe y de Loreto con la potente artillería quitada á los vencidos.

«En todo el día 3 estuve colocando baterías en obras pasajeras, que tenían por objeto batir á los dos cerros. Como disponía de toda la artillería que el enemigo me había dejado, que era mucha, lo mismo que sus municiones, comprendía bien el enemigo los resultados del cañoneo con que yo iba á iniciar el ataque.

«A eso de las 3 de la mañana se desprendió del cerro de Guadalupe un oficial con una linterna y un clarín que tocaba parlamento. Ordené que fuera respetado y conducido hasta el Cuartel General, con las precauciones prescritas para estos casos.

«Como había impedido la comunicación entre los dos cerros, el de Loreto, sin ponerse sus defensores de acuerdo con los de Guadalupe, envié á poco, separadamente, un porta-pliegos, con objeto de pedir algunas garantías, mediante las cuales ofrecía que se rendirían sus defensores. Intencionalmente detuve á los emisarios, y á las 5 de la mañana vino un segundo enviado del cerro de Guadalupe, y en seguida otro de Loreto, reiterando sus peticiones.

«Siendo ésto ya un síntoma muy avanzado de madurez, manifesté al segundo enviado del cerro de Loreto, que volviese á decir á su jefe que sólo esperaba la luz del día, que ya comenzaba á alumbrar, para iniciar mi ataque, el que sólo se suspendería si se rendía con su fuerza á discreción en el acto de su llegada, lo cual se me debía indicar con una señal que prescribí, y que de no hacerse luego tal señal, determinaría el principio de las hostilidades.

«Quise proceder primero respecto del fuerte de Loreto, sin tocar el de Guadalupe, porque era seguro que éste, al ver que Loreto se rendía, se daría prisa por hacer otro tanto, y así pasó en efecto. Uno tras otro se entregaron á discreción.

«Salieron en persona del fuerte de Guadalupe, que fué el último, los Generales Noriega y Tamariz, que eran: General en jefe el primero y Cuartel Maestre el segundo, de la plaza de Puebla. Subí á recibirlos al lugar que media entre las dos fortalezas, y como hablaban simultáneamente, arrebatándose la palabra, pregunté quién era el General en jefe con quien debía entenderme. El General Tamariz me dijo que lo era el General Noriega. Éste contestó que era exacto, pero que habiéndose enfermado desde el día anterior, el mando había recaído desde entonces en Tamariz. Dispuse, en consecuencia, que Noriega volviera á entrar en la fortaleza y que quedara el General Tamariz hablando conmigo, puesto que era el que se hallaba en ejercicio.

«Después de algunas palabras en que Tamariz insistía en pedir garantías, le contesté que eso no era posible, porque haría muy mal efecto Pero que podía volver á su fortaleza, seguro de que no se dispararía un tiro antes de que entrara. Entonces Tamariz me ofreció su espada, que no acepté, diciéndole que todavía tenía que ejecutar algunas providencias, conducentes á su rendición incondicional; que se la ciñera y volviera con ella á la fortaleza, haciendo salir á todos sus soldados formados y sin armas: primero á la tropa y después á los jefes y oficiales. Mandé recibir á unos y á otros y conducirlos á la ciudad á las respectivas prisiones que les señalé.

«La rendición discrecional de los fuertes quedó definida.

«Al ver que los oficiales, para entregarse, salían sin sus equipajes, les dije que podían volver á su posición para tomarlos y salir con todo lo que les perteneciera, menos armas y caballos. Esto produjo un rayo de esperanza en el ánimo de los prisioneros, que se consideraban enteramente perdidos; sin embargo, no pasó otro tanto con los Generales, que, como era natural, consideraban más comprometida su situación.

«Después de reconocidas las dos fortalezas y dado las órdenes conducentes á la conservación y almacenaje de los materiales que contenían, y cuando volví al Palacio Municipal, que había tomado por alojamiento desde el día del asalto, los Generales, que estaban presos en un departamento del mismo, solicitaron hablarme y me suplicaron que les concediera la entrada de algunas personas de sus familias, con quienes deseaban comunicarse, así como la de sacerdotes católicos y notarios.

«A virtud de ello, se les concedió amplia comunicación.

«A eso de las tres y media de la tarde fui á decirles que tomaran sus maletas y salieran conmigo. Los conduje personalmente, y sin más escolta que mis ayudantes, al Palacio Episcopal, donde estaban todos los prisioneros, de Coronel á Subteniente, que serían como 300, y donde estaban también tres obispos, á quienes había notificado prisión. Una vez allí, y hallándose todos juntos, les manifesté que, según las leyes vigentes, estaban sujetos á pena de muerte; pero tratándose de un número tan grande, me parecía que el Gobierno, cuando tuviera conocimiento del caso, haría alguna gracia; mas que para eso siempre era necesario conservarlos en prisión muy rigurosa, que deseaba evitarles, si se comprometían bajo sus firmas á presentármese cuando los llamara por la prensa, caso de que ello se me exigiera por el Gobierno; que procedía así por el deseo expuesto, y también por la gran confianza que tenía en la victoria de la República, aun en el supuesto de que fueran desleales á sus compromisos.

«Todos contestaron conmovidos que se sometían, y comenzaron á firmar el documento de obligación, que les hice leer en voz alta, saliendo en libertad según iban firmando. En el siguiente parte oficial di cuenta al Ministro de Guerra de la rendición de los fuertes.

«República Mexicana.—Línea de Oriente —General en Jefe.—En la mañana de hoy se han rendido los dos fuertes de Loreto y Guadalupe, sin condiciones de ninguna clase, con toda la artillería de su dotación, un gran repuesto de municiones y todas las armas que tenía su guarnición. Con la rendición de ambos fuertes ha quedado completa la posesión de la plaza.

«Hallándome expedito para nuevas operaciones, hoy emprendo mi marcha sobre las fuerzas de D. Leonardo Márquez, que, según los partes recibidos, se halla á distancia de quince leguas de ésta.

«Lo que tengo el honor de participar á Ud. para su conocimiento y el del Sr. Presidente, felicitándoles por este nuevo triunfo, obteniendo sin derramar sangre.

«Independencia y Libertad.—Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1867.—PORFIRIO DÍAZ.—Ciudadano Ministro de Guerra y Marina.»

«La orden de poner en libertad á los prisioneros de Puebla, la hice extensiva el mismo día á todos los que conservaba en Oaxaca y otros lugares de las batallas de Miahuatlán, La Carbonera y toma de Oaxaca. Inserto en seguida la orden que expedí con ese objeto.

«Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.— En uso de las facultades de que me hallo investido por el Presidente de la República, he tenido á bien disponer que los prisioneros hechos por el Cuerpo de Ejército de Oriente, en las batallas de Miahuatlán y La Carbonera, en la ocupación de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza y en la rendición de los fuertes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el país, en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de la autoridad local y á disposición del Supremo Gobierno.

«Los extranjeros que quieran residir en el país, quedan sujetos á las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República, podrán hacerlo libremente.

«Sírvasse Ud. librar sus órdenes en ese sentido, aceptando las protestas de mi estimación y aprecio.

«Independencia y Reforma.—Puebla de Zaragoza, Abril 4 de 1867.—Firmado: PORFIRIO DÍAZ.—Ciudadano Comandante militar del Estado de....»

Entre los prisioneros perdonados, hubo algunos encarnizados enemigos del generoso vencedor.

«En la entrevista que tuve en el Palacio Episcopal de Puebla, con los prisioneros de los cerros de Guadalupe y Loreto, que acabo de referir en el capítulo precedente, ocurrió un episodio que merece mención especial.

«El Coronel Vital Escamilla, que estaba entre los prisioneros, había sido, á la fecha de mi evasión de Puebla, Jefe Político del Distrito de Matamoros Izúcar, y cuando el Conde de Thun publicó una circular ofreciendo mil pesos como premio á quien me reaprehendiera, Escamilla, en su calidad de Jefe Político, al reproducir la circular, guiado por un exceso de celo en favor del Imperio, ofreció un premio más de su peculio.

«Probablemente, por este motivo tenía miedo de acercarse á firmar, porque estaban firmando en mi presencia sus compañeros. El Coronel Visoso, que estaba al servicio de la República y que era compadre y muy amigo de Escamilla, y que estaba también presente, vino

á rogarme por su perdón, haciendo suponer que tenía escondido en la ciudad á Escamilla, y ocultándome que estaba presente entre los prisioneros.

«Yo, que aunque no conocía personalmente á Escamilla, le conocí en esos momentos, porque alguien me lo acababa de denunciar, concedí á Visoso lo que me pedía, y llamando á Escamilla por su nombre, manifesté á los dos juntos, que si no había salido en libertad, era porque aún no había firmado, y esperaba yo que lo hiciera al tocarle su turno.

«Escamilla trató de excusarse conmigo, diciendo que soponía que habían llegado á mi conocimiento ciertas calumnias vertidas en su contra. Le contesté que, en efecto, había llegado á mi poder un ejemplar de su circular, que conservaba en mi cartera; lo saqué y se lo devolví, diciéndole que celebraba mucho que no hubiera llegado el caso de que yo fuese reaprehendido, ni de que él hubiera tenido necesidad de gastar su dinero. En seguida firmó la protesta y salió en libertad, recomendándole antes, que este caso le sirviera de experiencia para lo futuro. Después ha sido uno de mis más leales amigos, sin embargo de que sus ideas políticas son contrarias á las mías. Ha sido diputado al Congreso de la Unión.» (Memorias).

Con tan humanitario y noble rasgo de clemencia, iniciaba el magnánimo caudillo una tregua de olvido y de perdón en la sangrienta historia de nuestras guerras fratricidas.....

¡Honor y bendición para los héroes que saben perdonar á los vencidos!

